

La Virgen de la Medalla Milagrosa

Y Santa Catalina Labouré

Queridos niños, hoy vamos a abrir juntos las páginas de una historia muy especial: la de la Virgen de la Medalla Milagrosa y de una religiosa, llamada santa Catalina Labouré, que supo escuchar con el corazón bien abierto .

Ella no hizo cosas ruidosas ni complicadas; simplemente estuvo atenta, confió y dejó que la Virgen María le mostrara un tesoro. Gracias a ese «sí» sencillo y dócil, hoy podemos tener esta medalla cerca, llevarla con nosotros y sentir que no caminamos solos.
La Medalla Milagrosa es uno de los regalos más lindos y grandes que nos dejó la Virgen: una compañía tierna y fiel para cada día, una mano que nos cuida y nos ayuda a caminar, paso a paso, hacia el Cielo.
Respirá hondo, mirá las imágenes con calma y dejá que esta historia aumente tu fe. ¡Comencemos!



Hace muchos años, en Francia, vivía una joven llamada Catalina Labouré. Había nacido en una familia sencilla de campesinos y, desde pequeña, tenía un cariño muy especial por la Santísima Virgen María.

Catalina era una muchacha humilde, de corazón bueno y alma recogida. Le gustaba rezar, trabajar y ayudar a los demás. Cuando todavía era muy joven, había sentido en su corazón el deseo de consagrar su vida a Dios.



Finalmente, ingresó en la comunidad de las Hijas de la Caridad, fundada por San Vicente de Paúl y Santa Luisa de Marillac. Allí vivía junto a otras hermanas, dedicándose a la oración y al servicio de los pobres.

Su convento estaba en París, en la calle del Bac.

Catalina amaba mucho a la Virgen. Le rezaba con confianza de hija, porque sabía que María era su Madre del Cielo y que siempre cuidaba de quienes acudían a Ella.

Pero había un deseo muy grande que guardaba en su corazón: ¡quería conocer a la Santísima Virgen!



La víspera de San Vicente de Paúl

Había llegado la víspera de la fiesta de San Vicente de Paúl. Durante aquel día, una de las hermanas mayores les dio una hermosa conferencia sobre la devoción a los santos y, especialmente, sobre la Santísima Virgen.

Catalina escuchó con muchísima atención. Aquellas palabras despertaron todavía más su deseo de encontrarse con su Madre del Cielo.

Además, aquel día había sucedido algo especial: a las novicias les habían distribuido pequeños trozos de tela de un roquete que había pertenecido a San Vicente de Paúl. Eran recuerdos muy queridos del santo fundador de su comunidad.

Catalina recibió también su pequeño trocito.

Su corazón estaba lleno de confianza en San Vicente, a quien quería mucho y a quien le pedía ayuda en sus necesidades.



Entonces tuvo una idea muy particular. Separó la mitad de aquel pequeño trozo de tela y se lo tragó, pensando que San Vicente le obtendría la gracia de poder ver a la Santísima Virgen.

¡Cuánto deseaba encontrarse con María!

Aquella noche se acostó con ese pensamiento. Rezó con confianza, esperando que su querido San Vicente intercediera por ella ante Dios.

Finalmente, se quedó dormida.



Serían aproximadamente las once y media de la noche cuando Catalina escuchó que alguien la llamaba suavemente:

—¡Hermana! ¡Hermana! ¡Hermana!

Catalina se despertó sorprendida. Miró hacia el lado del corredor y descorrió la cortina de su cama. Entonces vio a un niño vestido de blanco, de unos cuatro o cinco años, que estaba rodeado de una claridad muy hermosa.

El niño la miró y le dijo:

—Levántese pronto y venga a la capilla. ¡La Santísima Virgen la está esperando!

Catalina se quedó asombrada. Pero enseguida pensó que las otras hermanas podían despertarse y escucharla.

—¿Y si las demás me oyen? —se preguntó.

El niño la tranquilizó:

—No tenga miedo. Son las once y media y todas están profundamente dormidas. ¡Venga, la estoy esperando!

Catalina se vistió rápidamente y se acercó al niño, que había permanecido junto a su cama.



Entonces comenzó a seguirlo por los pasillos del convento. El pequeño caminaba siempre a su izquierda y, mientras avanzaban, todo a su alrededor parecía iluminarse. Catalina observó con asombro que las luces estaban encendidas por todas partes.

Cuando llegaron a la capilla, ocurrió algo todavía más sorprendente: el niño tocó suavemente la puerta con la punta de su dedo y esta se abrió.

¡Qué maravilla! Todas las velas y los cirios estaban encendidos. La capilla resplandecía como si aquella noche se celebrara una gran fiesta.

Catalina quedó profundamente emocionada. Sin embargo, todavía no veía a la Santísima Virgen.

El niño la condujo hasta el presbiterio, cerca del sillón reservado para el director de la comunidad. Allí Catalina se arrodilló para esperar.

El pequeño permaneció de pie a su lado.

Pasaron unos momentos. Catalina miraba con atención hacia la capilla, esperando descubrir quién vendría.

Y entonces el niño le anunció:

—¡Aquí está la Virgen! ¡Ya viene!



¿Sería realmente la Santísima Virgen?

Entonces el niño, que permanecía a su lado, le dijo con seguridad:

—¡Es la Virgen!

En ese instante, Catalina ya no pudo contener su emoción. Se levantó rápidamente, se acercó a María y se arrodilló junto a Ella, apoyando sus manos sobre las rodillas de la Santísima Virgen.

¡Por fin estaba frente a su Madre del Cielo, a quien tanto había deseado conocer!



La Santísima Virgen permaneció largo rato conversando con Catalina. Le habló con la ternura de una verdadera madre, le confió algunas cosas muy importantes que Catalina guardaría siempre en su corazón.

En un momento, María señaló el altar de la capilla y le dijo:

—Venid al pie de este altar. Aquí se derramarán gracias sobre todas las personas que las pidan con confianza y fervor.

¡Qué hermosa promesa! La Santísima Virgen quería enseñar a Catalina, y a todos nosotros, que podemos acudir a Dios con mucha confianza y pedirle las gracias que necesitamos.

Catalina escuchaba emocionada. ¡Nunca olvidaría aquellas palabras de su Madre del Cielo!

Cuando Catalina regresó a su cama, el reloj daba las dos de la madrugada. Aquella noche ya no pudo volver a dormir. Su corazón estaba lleno de alegría por el encuentro que acababa de vivir.



La aparición del 27 de noviembre: *Los rayos de la gracia*

El 27 de noviembre de 1830, la Santísima Virgen María se apareció nuevamente a Santa Catalina Labouré. Esta vez se presentó de pie sobre una esfera, con sus manos extendidas, de las que salían hermosos rayos luminosos.

Catalina contempló maravillada aquella imagen. Entonces la Virgen le explicó que los rayos que brotaban de sus manos representaban las gracias que Ella desea conceder a todos sus hijos que se las piden con confianza.

Pero Catalina observó que algunos rayos no brillaban. La Virgen le hizo comprender que representaban las gracias que tenía preparadas para las almas, pero que nadie le pedía.

¡Qué hermosa enseñanza nos deja nuestra Madre del Cielo! María tiene muchísimas gracias para regalarnos, pero quiere que acudamos a Ella, que le pidamos con confianza y que no olvidemos recurrir a su maternal intercesión.


OH MARIA, SIN PECADO CONCEBIDA, ROGAD POR NOSOTROS QUE RECURRIMOS A VOS.
M

La Virgen nos regala una medalla

El 27 de noviembre de 1830, la Santísima Virgen se apareció nuevamente a Santa Catalina Labouré.

María le mostró una hermosa imagen rodeada por unas palabras que decían:

«Oh María, sin pecado concebida,
rogad por nosotros que recurrimos a Vos».

Entonces la Virgen le pidió:

—Haz acuñar una medalla según este modelo. Todas las personas que la lleven con confianza recibirán muchas gracias.

Catalina vio también cómo debia ser el otro lado de la medalla. Allí aparecía una gran letra M, con una cruz encima. Debajo estaban los dos corazones: el Sagrado Corazón de Jesús, rodeado de espinas, y el Inmaculado Corazón de María, atravesado por una espada.

La Virgen quería que todos sus hijos tuvieran esta medalla para recordar cuánto los ama y para que acudieran a Ella con confianza.

Catalina recibió una misión muy importante: contarle al mundo lo que había visto y transmitir el deseo de la Virgen.

Así nació la *Medalla Milagrosa*, un regalo de nuestra Madre del Cielo, que nos recuerda que siempre podemos acudir a Ella y pedirle que nos ayude.

Un regalo para dar a todos

Queridos niños, nunca olviden el hermoso regalo que la Santísima Virgen le confió a Santa Catalina Labouré: la Medalla Milagrosa.

Regalen esta medalla a muchas personas, especialmente a quienes todavía no conocen a Jesús y a María, o a quienes se han alejado de la fe. A través de ella, la Virgen quiere derramar abundantes gracias sobre las almas, ayudándolas a recuperar la fe, a vivir en gracia de Dios y a caminar por el camino que conduce al Cielo. Por eso, no lo olviden nunca: ¡difundan, regalen y den a conocer la Medalla Milagrosa! Que cada medalla sea una pequeña semilla de amor y de esperanza, y que muchas almas puedan acercarse nuevamente a Dios de la mano de nuestra querida Madre del Cielo.

